

## Néstor Perlongher. "El sexo de las locas"

*El sufrimiento es muy grande antes de llegar al goce.*

Dante Panzeri

Al llegar a Buenos Aires, hace un par de meses, quedé sorprendido por el estado de las alusiones a la homosexualidad. En un muro de San Telmo una consigna prometía: "El 28 se lo tocamos, el 30 se lo rompemos". En la madrugada del 10 de diciembre, un grupo de demócratas fervorosos hostigaban a los policías que custodiaban la Casa Rosada al grito de "Quieren pija". Tomo un taxi y el chofer me comenta: "Seguro que los oficiales de las Malvinas se los pasaron a todos los gurkas". El fantasma gurka es reflatado por uno de los Chicos de la Guerra en una entrevista a *El Porteño* (set. 83): "Un compañero mío me habló de los gurkas, llevaban una perla en la oreja izquierda o en la derecha, y la ubicación representaba al homosexual pasivo o activo" (Pablo Macharowsky, clase 63). En el mismo reportaje otro conscripto da a entender que los soldados tenían, de antemano, cierto training: "Cuando yo estuve en Córdoba, antes de ir a las Malvinas, y nos daban franco porque no había qué darnos de comer, aparecían los 'tíos' o 'soplanucas', como les llaman, a esos tipos que te dan casa y todos los placeres a cambio de una relación sexual. Yo digo que hay que tener mucho estómago pero ante ciertas situaciones te olvidás del estómago" (Marcos García, clase 62).

En efecto, el hambre (el ragú) hace olvidar el estómago. Una vueltita por Lavalle nos dejará ver que, a la luz del tímido destape, colimbas desamparados han retomado sus posiciones, erizando las pestañas de acicalados señoritos. Un fantasma corroe nuestras instituciones: la homosexualidad. Habría que retrotraerse al Freud de la *Psicología de las Masas* (1920) para hablar de la naturaleza homosexual del vínculo libidinal que enlaza a las instituciones masculinas como el Ejército y la Iglesia. Esa homosexualidad es "sublimada", pero el mismo Freud sugiere que el amor homosexual es el que mejor se adapta a esos "lazos colectivos" masculinos. Quien haya hecho la colimba en Pigüé o el seminario en Luján, podrá prescindir de Freud. Claro que la eclosión del deseo homosexual está severamente castigada por los códigos divinos y militares. Estos últimos -por lo menos era así hacia 1970- condenan al activo a una pena mayor que al pasivo: consideran que el pasivo es un "enfermo", que no podía evitarlo.

En cambio, el activo es un vicioso.

Que la preocupación por la homosexualidad -y por la moral en general- consterna a nuestros militares, es un hecho. La primera mención oficial a la homosexualidad aparece, oblicuamente, en 1932, bajo la dictadura de Justo, bajo la forma de una "orden del día" que punía a los sospechosos de pederastía que frecuentaren menores de edad (frecuentar no quiere decir acostarse, puede ser tomar un café con leche a la salida del kindergarten). Sobreviene luego, en 1942, el escándalo del Colegio Militar: el descubrimiento de la participación de cadetes en orgías homosexuales, sibilinamente fotografiadas, no sólo anticipa el pornoshop: insta una mácula que nuestros próceres se preocuparán, desde entonces, por borrar. Ya en 1946, la pederastía se revela como "homo-sexualidad" (así con guión); el artículo 207 del Reglamento de Procedimientos Contravencionales de la Policía Federal, reprime "las reuniones privadas de homosexuales; de la misma época es el temible (¡por tan usado!) art. 2° H, que pune "incitar al acto carnal en la vía pública". Empero, la noción misma de homosexualidad no es desentrañada en el Reglamento: se sabrá quién es homosexual por "antecedentes", o "bajo la firma del Jefe del Departamento". La relativa juventud de estas condenas desmiente la pretensión de la normalidad de presentarse como arcaica y a-histórica. Marca que la normalidad precisa de la represión policial para imponerse no es tan "espontánea" cuanto pretende. Si no estuviese prohibido, ¿entraríamos todos (y todas) en la joda?

No lo sabremos: por el momento te dan palos. Las locas, a la manera panzeriana, tenemos de qué quejarnos. Ahora el horror del genocidio -producto, también de la normalidad militar: hay fotos de Hitler acariciando niñas- ha develado la pesadilla de secuestros y desapariciones, de lo que no se hablaba antes. Sin embargo, allá por el 69 (bajo Onganía), haciendo mis primeros trabajos de campo, un muchacho muy bien vestido me invitó a subir a un auto. Accedo, allí hay otros dos que se acarician para mostrarme que son "entendidos". Resultado: tres horas de pánico y pálida. Despojada de mis bienes, una puta me dio dinero para volver al centro. Bajo del tren (había ido a parar a Olivos), y me para la cana. ¿La sospecha?: homosexualidad.

Hablar de homosexualidad en la Argentina no es sólo hablar de goce sino también de terror. Esos secuestros, torturas, robos, prisiones, escarnios, bochornos, que los sujetos tenidos por "homosexuales", padecen tradicionalmente en la Argentina -donde agredir putos es un deporte popular- anteceden, y tal vez ayuden a explicar, el genocidio de la dictadura. Dice Carlos Franqui que en la Cuba castrista la lucha no era

revolucionarios vs. contrarrevolucionarios, eran machos contra maricones. Acá los machos no han precisado de una revolución para matar putos. Y hay que decirlo: muchos de esos normales, con sus modales bieneducados, blanduzcos, genuflexos, han sido cómplices de esa pesadilla cotidiana, con sus prejuicios, su hipocresía, su recusa a hablar del tema. Recordemos lo que Evita le dice a Paco Jamandreu (quien lo cuenta en sus memorias), cuando éste la llama desde una comisaría: "Jódase por puto".

Pero ¿dónde está el goce? ¿Qué pensar de esos muchachones que raptan a una loca para "verdugearla"? ¿De esos policías que -se rumorea- hacían cursos especiales para reconocer homosexuales (y lesbianas) por el espesor de sus orejas? ¿Qué pasa con la homosexualidad, con la sexualidad en general, en la Argentina, para que actos tan inocuos como el roce de una lengua en un glande, en un esfínter, sea capaz de suscitar tanta movilización –concretamente, la erección de todo un aparato policial, social, familiar, destinado a "perseguir la homosexualidad"? Cuando por el 74 el órgano fascista *El Caudillo* llamaba a "acabar con los homosexuales", podía leerse en ese "acabar" algo más que un lapsus.

Para dar un ejemplo familiar, mi papá -porque las locas también tienen papá-, mientras yo estaba en el Brasil, a mil kilómetros de distancia, se desvelaba (literalmente) pensando qué miembros de qué negros estarían profanando el ano sagrado de su hijito -reservado sólo para la caquita. Y mamá -que sería una loca sin madre, "deseoso es aquél que huye de su madre", dice Lezama Lima-, que se enorgullecía de que su apodrecido corazón saliese retratado, como caso raro, en una revista médica, decía que la homosexualidad era -como el bocio- una enfermedad. Bueno, le dije yo, entonces si vos me contás tus síntomas yo puedo contarte los míos. Se puede hablar del dolor, mas no del goce. ¿De dónde viene esa infatigable preocupación por los culos -o las lenguas- ajenas? En ella participan también nuestros castos políticos. Recuérdese a la JP del 73 gritando: "No somos putos, no somos faloperos..." O: "Para un gorila no hay nada mejor / que romperle el culo con todo mi amor". Tanto me identifiqué con esa consigna que estuve a punto de entregarme a la Libertadora... Pero me hubiera encontrado -como vi hace poco en Rosario- con los cartelones de la Liga de la Decencia convocando a luchar contra la Pomografía que amenaza la paz de los hogares...

Ay, qué miedo. La inmoralidad nos pringa. Recuerdo lo que me dijo una vez un muchachito "activo" (vulgo chongo): "No me doy vuelta porque tengo miedo que después me guste". El prohibicionismo sexual atiza el miedo a un deseo borroso. Erige un

Paradiso policial para oponerlo a un Infierno perverso. Al mismo tiempo, es la perversidad de ese infierno orgiástico que imagina, lo que le da manija para funcionar. La paranoia antisexual nos hace creer que, si se nos dilata el esfínter o se nos enciende la tetilla, nos "damos vuelta". Nos pasamos del otro lado, ¿Adónde vamos a parar? Libertad Lamarque se lo preguntaba ya en "Fru Fru" por los 40; "Adónde va la moda con tanta innovación?".

La censura mantiene viva la ilusión de que con la perversión "pasa algo", y que ese "algo" es un horror. ¿Habrá horror? Donde sí hay horror –palpable- es en la represión. Será cierto que en la tortura hay un goce pero, como decía el mismo Sade: "Hasta la perversión exige cierto orden". Si la pasión era juntar cadáveres, ¿no se les fue un poco la mano?

La perversión es, en verdad, objeto de un ordenamiento. Ese orden no sólo la reprime, sino también la clasifica. Diferencia a los sujetos según sus goces: homosexual o heterosexual, vaginal o clitoridiano, anal o bucal, por el pene o por el dedo gordo. La pretensión de definir a un sujeto conforme a su elección de objeto sexual es mitológica, pero es una mitología que funciona. No funciona desde hace tanto tiempo, es cierto: por ejemplo, la noción de *homosexualidad* es literalmente inventada en el siglo XIX -fruto de una combinatoria del saber médico y el poder de policía.

No pretendo entrar en una discusión teórica sobre el concepto de homosexualidad. Pero lo menos que se puede decir de él es que es muy pobre. Iguala, bajo un denominador común, la infinidad de actos sexuales a los que un sujeto puede abocarse con otros del mismo "sexo" (aunque no siempre del mismo género). Pero, ¿qué tiene que ver una "relación de pareja" gay, con un soplido practicado a los pedos en el baño de un subte? Por otra parte, un acto sexual, aun cuando practicado con la misma persona, suele ser diferente de otro -en ese plano la rutina es esgrimida, tanto homo como heterosexualmente, como motivación para el divorcio, legal o no.

Entonces, cuando se cuestiona la normalidad, cabe cuestionar también la pretensión de clasificar a los sujetos según con quién se acuestan. Pero lo que confunde las cosas es que la normalidad alza los estandartes de la heterosexualidad, se presenta como sinónimo de heterosexualidad conyugalizada y monogámica. Eso abre las puertas para una tentación: reivindicar la homosexualidad "revolucionaria" vs. la heterosexualidad "reaccionaria". Algunos hechos, empero, sabotean estas simplificaciones: la marica casada, el chongo que sale con minas y hace de tanto en tanto una escapadita por Charcas, un travesti que dice de su amante: "Él no es homosexual, ni activo ni pasivo.

Él es hombre, hombre; le gustan las mujeres. Yo le he preguntado por qué está conmigo y lo único que me responde es que me quiere" (Revista *Shock*, dic. 83).

El amor, a la manera de los románticos, hace saltar las convenciones sociales, las clasificaciones. Pero alguien podrá argüir: Todos esos son homosexuales no asumidos, o incorrectamente asumidos. En verdad, gran parte del movimiento gay (como el Grupo Gay de Bahía, Brasil) parece avanzar, con contradicciones, en esa dirección. Y ello parece casi lógico: ante la persecución, lo instintivo es refugiarse -en este caso constituir una fortaleza homosexual que resista a la dictadura heterosexual. Si es así, cada uno tiene que definirse, que "identificarse", que "asumirse": homo o helero. El riesgo, es que se apunta a la constitución de un territorio homosexual -una especie de minisionismo- que conforma no una subversión, sino una ampliación de la normalidad, la instauración de una suerte de normalidad paralela, de una normalidad dividida entre *gays* y *straights*. Tranquiliza de paso a los *straights*, que pueden así sacarse la homosexualidad de encima y depositarla en otro lado.

Esta normalización de la homosexualidad erige, además, una personología y una moda, la del modelo gay. Siendo más concretos, una posibilidad personológica -el gay- pasa a tomarse como modelo de conducta. Este operativo de normalización arroja a los bordes a los nuevos marginados, los excluidos de la fiesta: travestis, locas, chongos, gronchos -que en general son pobres- sobrellevan los prototipos de sexualidad más populares.

Ahora, para enfrentarse con este peligro, es preciso vencer antes uno mucho más concreto: la cana. Sacar a la cana de la cama, al ojo policial del espejo del cuarto, es una necesidad inmediata que no puede quedar apenas en manos de los gays. Decía una diputada feminista brasileña, Ruth Escobar, en su campaña: "Que las mujeres puedan vivir su femineidad, los negros su negritud, los homosexuales su deseo". ¿Dejar a los homosexuales el monopolio del deseo?

Se me ocurre que hay en verdad, un estallido de la normalidad clásica, que la "moralización a las patadas" del Estado Argentino pretende contener. A ese estallido no le son ajenas las mujeres, con su trabajo de zapa contra la supremacía masculina. Guattari, el coautor del *Antiedipo*, habla de un "devenir mujer" que abre a todos los demás devenires. Siguiéndolo, podemos pensar la homo o la heterosexualidad, no como identidades, sino como devenires. Como mutaciones, como cosas que nos pasan. Devenir mujer, devenir loca, devenir travesti.

La alternativa que se nos presenta es hacer soltar todas las sexualidades: el gay, la loca,

el chongo, el travesti, el taxiboy, la señora, el tío, etc. -o erigir un modelo normalizador que vuelva a operar nuevas exclusiones. El sexo de las locas, que hemos usado de señuelo para este delirio, sería entonces la sexualidad loca, la sexualidad que es una fuga de la normalidad, que la desafía y la subvierte. Locas bailando en las plazas, locas yirando en puertas de fábrica, locas *haciendo cola* en los bañitos. Hablar del sexo de las locas es enumerar los síntomas -las penetraciones, las eyaculaciones, las erecciones, los toques, las insinuaciones- de una enfermedad fatal: aquella que corroe a la normalidad en todos sus wings; que aparece en la hija del portero, en las trincheras de las Malvinas, en el seno de las garitas azules, en las iglesias de Córdoba donde las locas entran para yirar. Aparece, en su versión pedagógica-pederástica, en el insospechable "Himno a Sarmiento" cuando dice: "la niñez, tu ilusión y tu contento". Ahora, no subsumir esas singularidades en una generalidad personológica: "el homosexual". Soltar todas las sexualidades; abrir todos los devenires. Una escritora americana habla de *idiosexo*: la noción viene de idiolecto, usos particulares del lenguaje (como hablar al verres): idiosexo, usos singulares de la sexualidad. Que cada cual pueda encontrar, más allá de las clasificaciones, el punto de su goce.

Mi idea es no retirar la homosexualidad del campo social, constituyendo un territorio separado de los puros, los buenos, los mártires, los ilustres. Hacer saltar a la sexualidad ahí donde está. Retirar a la cama de la colcha (no sea cosa que pasemos de la cárcel al boliche sin pasar por la vereda). Y, como decía Mao -aunque no creo que lo dijera en este caso-: "Que florezcan mil flores" (¿Flores del mal?).

Y una arenga final: no queremos que nos persigan, ni que nos prendan, ni que nos discriminen, ni que nos maten, ni que nos curen, ni que nos analicen, ni que nos expliquen, ni que nos toleren, ni que nos comprendan: lo que queremos es que nos deseen.

\* Perlongher publicó numerosos artículos en *El Porteño* así como en su separata *Cerdos & Peces*. Este ensayo fue originalmente una conferencia dada en el Centro de Estudios y Asistencia Sexual (CEAS) y se publicó en el n° 28 de la revista, en mayo de 1984. También publicado en *Prosa plebeya. Ensayos 1980-1992*, Buenos Aires, Colihue, 1997.